

---

## PAGODAS SUBTERRÁNEAS.

---

En este momento vuelvo á divisar allá abajo una laguna triste, en Chinam. Recuerdo de haber navegado por aquí un día entero en un junco mandarino.

Sentíase pesado calor y el tiempo estaba muy obscuro. Las orillas bajas veíanse cubiertas de hierbajos con fresco tinte del mes de Abril, y á bordo por estas aguas, que parecen realmente muertas, se desarrollaba ante mi vista el grato espectáculo de unas bandas de aterciopelado verdor en que apacentaban los búfalos.

Lee-Loo nos decía: «Es preciso beber, pero beber mucho *sam-chú*», y nos servía el alcohol de arroz en nuestras tacitas de porcelana pintada.

En el fondo de esta canoa, tapizada de esterillas finas, nos hallábamos enteramente tendidos, con

la cabeza sobre esa especie de tambores durísimos que son las almohadas chinas.

Una sombrilla muy baja nos cubría, y su forma de pescado, con sus vértebras y todo, hacía en nosotros el efecto de una prisión que nos encerrase en el vientre de una bestia.

Por unos pequeños agujeros redondos observábamos cómo desfilaba ante nuestra vista el paisaje desconsolador. ¿Adónde íbamos?.....

Después de muchas horas resbalábamos con la curiosidad de percibir algo extraordinario que esperábamos de la promesa de Lee-Loo.

Largo camino, largo sueño apenas interrumpido por el canto de nuestras remeros, que se elevaba como queja china, dulcísima, mezclada de notas muy agudas.

«Es preciso beber, pero beber mucho *sam-chú.*»

¿Adónde íbamos? Lee-Loo, vestido de verde y naranja; Shang-Tee de azul celeste, y yo de blanco.

Embarazados por la inmovilidad, á modo de tres momias en un mismo nicho, nos manteníamos aplastados sobre nuestros abrigos de viaje. Ellos cuidaron, por su parte, de no acostarse encima de

sus largos y sedosos mechones, que enrollaron al pecho. Este techo, este alcohol y este calor pesaban grandemente sobre nuestras cabezas.

Por aquellos pequeños agujeros, siempre el mismo triste panorama, con su verde y sus búfalos. Echados en el fango y en los hierbajos, enormes bestias con figura de hipopótamos, figuras antediluvianas que alargaban sus pescuezos para mirarnos estúpida y ferozmente.

Olíase el aire de los juncos en que aquellos marineros amarillos tienen costumbre de hacer su cocina de conchas; los húmedos bambúes y los arrozales en flor, y sobre todo esto el perfume de Lee-Loo, mezcla de musgo y pimienta.....

Y ahora estos recuerdos se despiertan tan claros, merced á yo no sé qué. Todo lo encuentro, hasta en los menores detalles de este viaje, de este interior de barquilla, las juntas complicadas de nuestra cubierta de roten, las rosas de seda bordadas en el pintoresco traje de Lee-Loo. Y aquellas redes y anzuelos atados á la canoa, el cuchillo para abrir los pescados y el fetiche protector de la pesca. Salimos de Tai-Tó por la mañana, y esa

cosa extraordinaria que íbamos á visitar es la pagoda de la *Montaña de mármol*, que Lee-Loo considera digna de verse.

El mismo Lee-Leo, toda su persona en lo físico, se me representa bruscamente, con su delgadez de esqueleto, bajo los flotantes vestidos cortados á la *magot*, el cráneo afeitado y el largo mechón atado con una cinta. Figura chata, amarilla, exangüe, y, sin embargo, de un cierto encanto por su juventud y su aire inteligente y distinguido. Sus cejas tendían naturalmente á juntarse, pero la navaja las disminuía y separaba, formando sobre ojos muy vivos dos líneas tan señaladas como rasgos hechos á la pluma.

Eran nuestras remeras cuatro muchachas, unas veces dobladas y otras casi tendidas con sus grandes y flexibles remos. Encima de nuestro sarcófago se tenían, viéndolas nosotros de arriba abajo por los agujerillos; también ellas se inclinan de cuando en cuando para mirarnos, con aquella sonrisa de una bestialidad dulce, que deja al descubierto dos filas de dientes lustrados con barniz negro.

Todo el esfuerzo de impulsión que necesitan se hace en aquellos débiles riñones envueltos en túnicas colgantes, y cada paso hacia adelante que lleva la barca, parece que se siente sobre el propio cuerpo de las remeras.

A nuestro alrededor siempre la laguna serpenteando, y encima la obscuridad de un cielo siniestro é inmóvil.

Avanzamos porque nos empuja una especie de corriente que no sale á la tranquila superficie, velocidad latente que vive en estas aguas.

La *Montaña de mármol* ya está más próxima cada vez, y asemeja, al levantarse en medio de la compacta llanura, un gran escollo en el centro de los mares. Nótanse bien en el espacio sus exagerados dientes, inverosímiles: Es vertical y abrumadora; figura una pagoda gigantesca en el aspecto plano del desierto.

Arribamos á la orilla, al fango, á los hierbajos. Fué preciso pasar por entre los búfalos, agrupados é inmóviles, con los pescuezos tendidos y alerta las narices húmedas y dilatadas, husmeando al europeo que llega.

Causa miedo ver esos grandes ojos que me miran. Lee-Loo dice: «¡No adelantar!» Ellos, los asiáticos, que nada tienen que temer, van á llamar á los labradores que trabajan en los arrozales, y como todos son de Asia, amados de los búfalos, hacen una vereda en seguida, y por ella atravieso.

Después de los hierbajos, de los arenales áridos, viene una desolación abrumadora, áloes azules, todo el aspecto del Sahara. Apróximase la *Montaña de mármol*; de lejos parece del color violado episcopal; de cerca, gris obscuro; extraordinariamente dentada, modelada á la china y recubierta de verdes hojas que se juntan, enderezan y caen. A su alrededor nada más que arenales desoladores. Y, sin embargo, hay algo aquí que impresiona y despierta la idea de un lugar sagrado; pero á uno y otro lado se observan multitud de tumbas antiguas, raras, señalando los sitios donden pudren mandarines y bonzos. Una especie de agujas naturales, de mármol gris, se levantan de trecho en trecho de la arena compacta como flechas de iglesia. Y la misma *Mon-*

*taña de mármol*, que ya está cerca de nosotros, pesando sobre nuestras cabezas, no es en realidad sino un grupo insensato de flechas dislocadas, inclinadas, disgregadas, pero sorprendentes por su elevación y su atrevimiento, por sus espontaneas y abundantes plantas florescentes.

En lo alto se ve mucha gente; gente que corre allí, que se colocá sobre los picos que separa las ramas para mirar á los que llegan. Figuras hermosas, de largos mechones; monos, familias de monos, orangutanes de piel salvaje. Si se dispara un tiro de fusil, todos se ocultan y desaparecen instantáneamente.

La *Montaña de mármol* es vertical desde todas partes.

—Lee-Loo, ¿dónde está esa gran pagoda?

Lee-Loo sonríe y contesta:

—Vas á verla.

Pero yo no veo sino la montaña salvaje, las agujas de mármol y la colgante verdura.

Lee-Loo, verde y naranja, dice que es preciso subir, y pasa delante. Hay, en efecto, una gran escalera de mármol tallada en la roca viva, cuya

entrada nos ocultaban los escombros y la arena. Subimos y nos encontramos en un jardín encantado.

Entonces es cuando empiezo á comprender que la montaña misma es la pagoda, la más maravillosa de las pagodas de Anam. En todas las grietas, en todos los agujeros del mármol, nacen helechos finos, raras palmeras, pandanus y plantas delicadas y exquisitas de estufa, ¡y hasta flores! orquídeas blancas, amaryllis rojos y naranjados y profusión de espeso tapiz de pervencias del Cabo, color rosa suave con el corazón rojo como el melocotonero.

Peldaños y más peldaños en aquella escalera de mármol, rodeada de rampas y balaustradas en el centro de aquel hechicero jardín, y todo ello suspendido, no se sabe cómo, en el vacío.

De cuando en cuando el vértigo se apodera de mi cabeza, mirando hacia abajo; vense allí grandes flechas de mármol, inclinadas del todo, atravesadas, separadas de las demás y que parece que van á caerse. A veces se pasa bajo unos pórticos muy antiguos de forma china de otros tiempos, y

los monstruos encima colocados han tomado ya el tinte gris de la roca. Las flores del Cabo señalan sobre los peldaños como un reguero color de rosa.

A la mitad, una gran pagoda se presenta, oculta á nuestra vista hasta entonces por las lianas y las piedras, al fondo de un patio silencioso y en una especie de vallecillo siniestro repleto de las florecillas color de rosa.

La pagoda, erizada de cuernos, grifos, cosas horribles, formas vagas y espeluznantes, vieja de algunos siglos, presenta un aire sepulcral de mansión encantada y construída por los genios.

Pregunto á Lee-Loo, siempre vestido verde y naranja: «¿Es esta la pagoda que hemos venido á ver?» Lee-Loo sonríe y dice: «No, más arriba; pero mira el interior por este agujero». En el interior aun se encuentra el santuario poblado de sus ídolos, allí sentados en el fondo, en medio de la obscuridad, cubiertos de oro, resplandecientes.

Lee-Loo dijo: «Ante todo es preciso ir casa del gran Bonzo; está muy cerca de aquí, ahí al lado.»

Parece que esta montaña se halla habitada por

solitarios bonzos; gran sorpresa para mí que creía solos á los monos. En otro próximo valle, extremadamente pequeño, misterioso, existe efectivamente la mansión del gran Bonzo, viejísima, con su marcado aire indo, con sus pesadas columnas de madera roja. En el patio, embaldosado de mármol, hacen la rueda pavos reales que despliegan su magnífica cola; dos gatos blancos duermen tendidos.

El anciano bonzo sale de su vivienda, se adelanta hacia nosotros vestido de blanco y con su cogulla blanca también sobre su cabeza amarilla; asceta del Asia enflaquecido y demacrado en las extrañas contemplaciones. Niños bonzos le seguían con sus respectivos trajes blancos; más detrás perros furiosos corren y aullan pretendiendo mordernos; á su vista los pavos reales levantan un tardo vuelo hacia los techados.

¡Qué aspecto tan fúnebre el de este patio enlozado donde pasa la escena! Rodeado de aristas de mármol y como agobiado por todas partes bajo su peso; profundo cual si fuera un pozo, y con el aire más semeiante posible á la entrada de los misteriosos países de la muerte.

Sombría es la mansión de los bonzos; las pesadas solivas dibujan vagamente formas de gusanos, figuras de monstruos. Todo está allí como roído por la vejez y el polvo. Sin embargo, los ídolos, preciosamente revestidos de oro fino, resplandecen al fondo, con sus ojos bajos y sus místicas sonrisas.

Un gran fresco pálido, pálido, un buddha mural, impresiona profundamente; gigantesca imagen, sentada, con aureola de santo bizantino, señalando el cielo con el dedo, dulce sonrisa, ya conocida en mil partes, recordando de asombrosa manera otro Dios..... el Jesús de los cristianos.

Debajo de los ídolos de oro, en el polvo, se ven campanas con metálico sonido que parecen tener por objeto llamar á los espíritus, instrumentos musicales y otros instrumentos de tortura. Los bonzos vienen á ser como frailes mendicantes, guardianes de cosas preciosas, viviendo miserablemente de las limosnas de las gentes. Sentados delante de sus espléndidos ídolos, comen raíces y comen arroz en escudillas de barro.

Subimos más arriba aún, por aquella senda de